

I

CREPÚSCULO DE LOS PUEBLOS

El carácter común de numerosas manifestaciones contemporáneas, así como la disposición de espíritu fundamental que en ellas se revela, se resume en el término *fin de siglo*¹. Sabemos de antiguo que la expresión de una idea se toma de ordinario de la lengua del pueblo que primero ha concebido esta idea; la lingüística al servicio de la historia de la civilización ha utilizado en todo tiempo esta ley para obtener por medio del origen de las radicales ó raíces, indicios y datos acerca de la patria de los primeros inventos y acerca de la marcha del desarrollo de las diversas razas humanas. *Fin de siècle* es francés, porque Francia es la primera que ha tenido conciencia del estado de espíritu que así se denomina; el vocablo ha volado á través de ambos mundos y ha encontrado acogida en todas las lenguas cultas; esa es la prueba de que respondía á una necesidad. El estado «fin de siglo» de los espíritus se encuentra hoy en todas partes; pero no es en muchos casos, sino la imitación de una moda extranjera que se considera como distinguida, y no tiene nada de orgánico; en su país de origen es donde se presenta de la manera más auténtica, y París es el sifio designado para observarlo en sus manifestaciones variadas.

¹ En francés en el original (N. del T.)

Que la palabra en sí misma sea de todo punto inepta, es cosa que parece inútil demostrar; tan sólo el cerebro de un niño ó de un salvaje ha podido concebir la grosera idea que el siglo es una especie de ser vivo nacido á la manera de un animal ó de un hombre, que recorre todas las fases de la existencia: infancia, juventud, edad madura, luego envejece y languidece poco á poco, para morir á la expiración de los cien años, después de haber sufrido en los últimos diez años todos los males de una lastimosa senectud. Semejante antropomorfismo ó zoomorfismo pueril ni siquiera reflexiona que la división arbitraria del Tiempo, que va marchando con paso eternamente igual, no es la misma para todos los hombres civilizados, y que en el momento en que el siglo XIX de la Era Cristiana así personificado se aproxima, según se afirma, á su muerte en medio del más profundo agotamiento, el siglo XIV del mundo mahometano brinca alegremente como un chiquillo de diez años, y el quincuagésimo-séptimo siglo de los judíos, llegado á los cincuenta y dos años, asciende con seguro paso á la cima de su desarrollo. Nace cada día en nuestro globo una generación de ciento treinta mil seres humanos para la cual el mundo comienza ese día, y el nuevo ciudadano del universo no está ni más decrepito ni más fresco porque haya venido á la vida en 1900, en medio de la agonía del siglo XIX, ó porque haya visto la luz en 1901, el día del nacimiento del siglo XX. Pero es una costumbre del espíritu humano proyectar hacia afuera sus propios estados de alma; esta costumbre cándidamente egoísta explica que los franceses atribuyan al siglo su propia senilidad y hablen de «fin de siglo» cuando, con verdadera justicia, deberían decir «fin de raza»¹.

¹ Este trozo ha sido mal comprendido: se ha creído leer en él que todos los franceses eran unos degenerados y que su raza estaba en vías de perecer. Los últimos párrafos de este capítulo atestiguan sin embargo de manera bien clara que tan sólo me refero á «los diez

Mas por estúpida que pueda ser la frase «fin de siglo», el estado de espíritu que está destinada á definir existe de hecho en los grupos directores; la disposición de alma actual es extrañamente confusa, hecha á la vez de agitación febril y de triste desfallecimiento, de temor á lo porvenir y de alegría desesperada que se resigna; la sensación dominante es la de un hundimiento, la de una extinción. «Fin de siglo» es una confesión y al mismo tiempo un lamento: el antiguo mito del Norte encerraba el dogma espantoso del Crepúsculo de los Dioses; en nuestros días surge en los espíritus escogidos la sombría inquietud de un Crepúsculo de los Pueblos en el cual todos los soles y todas las estrellas se extinguen poco á poco, y en el cual en medio de la naturaleza moribunda, los hombres perecen con todas sus instituciones y sus creaciones.

No es ésta la primera vez que en el curso de la historia el terror del fin del mundo se ha apoderado de los espíritus; al acercarse el año mil, un sentimiento semejante se apoderó de los pueblos cristianos; pero el terror quiliástico difiere esencialmente de las emociones «fin de siglo». La desesperación de los hombres, al llegar el primer milenario de la Era Cristiana, provenía del sentimiento de la plenitud y de la alegría de la vida; sentían los hombres circular impetuosamente la savia por todos sus miembros, tenían conciencia de una capacidad de gozar no debilitada en modo alguno, y les parecía espantoso sucumbir con el universo todo, cuando todavía quedaban tantas copas que vaciar, tantos labios que besar, y cuando se encontraban en plena fuerza para gozar de las unas y de los otros. Nada hay de semejante en la impresión «fin de siglo»; no tiene nada de común tampoco con la melancolía superior; la población de los campos, una parte de los obreros y de la burguesía, están sanos. Designo tan sólo á los ricos habitantes de las grandes ciudades, á los que se intitulan á sí mismos «la sociedad», cuya descomposición establézco; ellos son los que han encontrado el «fin de siglo» y á ellos asimismo se aplica el «fin de raza».

colia crepuscular que se apodera de un Fausto que, ya viejo, al pasar en revista la obra de su vida, se siente primero orgulloso por lo que ha realizado; luego, considerando lo que ha dejado por acabar, se siente presa del violento deseo de verlo terminado, y despertándose en medio de la noche, por la inquietud que le aguijonea, exclama en su sobresalto: «lo que he pensado, quiero apresurarme á realizarlo». La disposición «fin de siglo» es completamente distinta: es la impotente desesperación de un enfermo crónico que en medio de la naturaleza exuberante y eterna, se siente morir poco á poco; la envidia del libertino viejo y rico que contempla una joven pareja de amantes perderse en un bosquecillo discreto; la confusión de agotados y de impotentes que huyendo de una peste de Florencia, se refugiasen en un jardín encantado para vivir allí los diez días de un *décameron*, y se torturasen en vano á fin de arrancar una embriaguez más á la hora insegura. Los que hayan leído *Un nido de hidalgos*, de Tourgueneff, recordarán el final de esta noble obra: el protagonista, Lavretzky, regresa, ya en las lindes de la vejez, á la casa en la cual, de joven, ha vivido su novela de amor; nada ha cambiado: las flores embalsaman el jardín, los pájaros trinan alegremente en los altos árboles en que han depositado sus nidos, traviesos chiquillos retozan bulliciosamente sobre el fresco césped. Sólo Lavretzky ha envejecido y contempla apesadumbrado y como olvidado en un rincón, el cuadro de aquella naturaleza que prosigue alegremente su existencia sin cuidarse en modo alguno de que la idolatrada Lisa haya desaparecido ni de que Lavretzky vuelva entonces quebrantado y cansado de la vida. El que Lavretzky llegue á comprender que en medio de aquella naturaleza eternamente joven, eternamente floreciente, sólo él no tiene un mañana; el grito de agonía de Alving: «¡El sol! ¡el sol!» en *Los Aparecidos* de Ibsen—he ahí la verdadera disposición «fin de siglo» en nuestros contemporáneos.

La palabra de moda está sellada por esa vaguedad que la hace apta para indicar todas las cosas conscientes á medias y poco claras que se agitan en los espíritus. Del propio modo que las palabras «libertad, ideal, progreso», que parecen expresar nociones y son sencillamente sonoridades, «fin de siglo», como ellas, nada dice por sí misma y recibe una significación variable según el círculo de ideas de aquellos que la emplean.

El medio más seguro de saber lo que se entiende por «fin de siglo» es pasar en revista una serie de casos en que esta expresión ha sido empleada; los que vamos á citar aquí están entresacados de los periódicos y de los libros franceses de los dos últimos años ¹:

Un rey abdica, abandona su país y se instala en París. Se ha reservado al abdicar determinados derechos políticos. Un día pierde mucho dinero en el juego y se encuentra muy apurado; se le ocurre entonces establecer con el gobierno de su país un contrato según los términos del cual renuncia para siempre, mediante una suma de un millón de francos, á todos los títulos, situaciones oficiales y privilegios que todavía conservaba.—Rey «fin de siglo».

Un obispo procesado ante los tribunales por ofensas al ministro de Cultos de su país, hace distribuir á los periodistas, en el curso de los debates judiciales, por los canónigos que le acompañan, su defensa impresa por anticipado y tirada á profusión. Después de su condena á una multa, organiza una suscripción pública que le produce diez veces la suma de la multa; publica entonces un tomo reclamo en que inserta todas las cartas de

¹ Una comedia en cuatro actos de MM. H. Micard y F. de Jouvenot, *Fin de siglo*, representada en París en 1890, no aporta apenas ningún dato bajo el punto de vista del sentido que atribuyen los franceses á esta expresión, porque no trataban los autores de representar un estado de alma de los contemporáneos, sino sencillamente de poner á su comedia un título que creían de naturaleza á atraer al público.

felicitación que le han sido dirigidas; emprende un viaje circular por la región, se exhibe en todas las catedrales á la muchedumbre curiosa por ver á la celebridad del día, y no deja de aprovechar la ocasión para hacer circular la bandeja de cuestación.—Obispo «fin de siglo».

Después de la ejecución de Pranzini en la guillotina llevan á la sala de autopsias el cuerpo del asesino. El jefe de la policía de seguridad arranca del cadáver un gran pedazo de piel, la hace curtir y luego transformar en petacas y carteras para él y para algunos amigos suyos.—Funcionario «fin de siglo».

Un americano celebra sus bodas en una fábrica de gas, luego sube con su mujer en un globo que les espera y realiza el viaje de novios en las nubes.—Matrimonio «fin de siglo».

Un agregado de embajada chino publica con su nombre libros ingeniosos escritos en francés; negocia con unas casas de banca con motivo de un fuerte empréstito de su gobierno y hace que le anticipen sumas importantes á cuenta del negocio en trámites. Pasado algún tiempo se descubre que los libros los ha escrito su secretario francés y que el chino agregado de embajada ha dado el timo á los banqueros.—Diplomático «fin de siglo».

Un alumno del cuarto año del bachillerato pasa con un compañero suyo por delante de la cárcel en que su padre, un rico banquero, ha estado recluso varias veces por bancarrota fraudulenta, malversación de fondos y otros crímenes fructuosos. Señala el edificio á su amigo y dice sonriéndose: «Ahí tienes el liceo de papá».—Hijo «fin de siglo».

Dos amigas de colegio, de buena familia, charlan entre ellas. Una de ellas lanza un suspiro.

—¿Qué tienes?—pregunta la otra.

—Una pena muy grande.

—¿Cuál?

—Amo á Raul y él también me ama.

—¡Pues si es delicioso! Es guapo, joven, elegante, ¿y por eso te afliges?

—Sí; pero no tiene nada y no es nada, y mis padres quieren que me case con el barón que es obeso, calvo y feo, pero muy rico.

—¡Pues, bueno! Cásate tranquilamente con el barón y hazle la presentación de Raul, ¡valiente tonta!—Señoritas «fin de siglo».

Estos retazos de muestra hacen comprender el sentido que se atribuye á la expresión en su país de origen. Los insulsos copiadores alemanes de las modas parisienses que emplean «fin de siglo» casi exclusivamente en el sentido de «picaresco» y «obsceno», hacen uso de la frase equivocadamente, á causa de su grosera ignorancia, del propio modo que una generación antes, han rebajado por desconocimiento de su verdadera significación, la expresión *demi-monde*, atribuyéndole el sentido de «mujer de la vida», siendo así que Alejandro Dumas, el creador de la palabra, ha querido designar con ella personas en cuya vida existe un punto negro y que por esta razón están excluidas del medio social al cual pertenecen por el nacimiento, la educación ó la posición, pero en la actitud de las cuales no se revela, por lo menos á los ojos del que no está iniciado en el asunto, que están rechazadas por su casta.

Á primera vista, un rey que vende sus derechos de soberano por un *chèque* ó letra de cambio considerable parece que tiene poca semejanza con unos recién casados que hacen en globo su viaje de novios, y la relación entre un *barnum* episcopal y una señorita bien educada que aconseja á su amiga un matrimonio de interés mitigado por un amigo de la casa, no se reconoce así de buenas á primeras. Y sin embargo, todos estos casos «fin de siglo» tienen un rasgo común: el desprecio de las conveniencias y de la moral tradicionales.

Tal es la concepción que hay en el fondo de la expresión «fin de siglo»: el despegue práctico de la disciplina transmitida que teóricamente subsiste todavía; para el libertino significa el encenagamiento completo en el vicio, el desenfreno de la bestia en el hombre; para el frío egoísta, el menosprecio de toda consideración hacia sus semejantes, el derrumbamiento de todas las barreras que cierran el paso á la brutal ambición del oro y á la avidez de los placeres; para el despreciador del mundo, la impúdica desnudez de los instintos y móviles bajos que antaño se acostumbraba, si no á suprimir virtuosamente, cuando menos á disimular hipócritamente; para el creyente, su emancipación del dogma, la negación del mundo suprasensible, la adopción del más bajo fenomenismo; para el delicado, deseo de experimentar vibraciones nerviosas estéticas, la desaparición del ideal en el arte y la impotencia de éste para provocar todavía sensaciones con ayuda de las antiguas formas; pero para todos, el fin de un orden de cosas que durante una larga serie de siglos, ha satisfecho á la lógica, domado la perversidad y hecho madurar lo bello en todas las artes.

Un período de la historia toca manifestamente á su término y otro período se anuncia. Todas las tradiciones empiezan á desgarrarse, y no parece que el mañana lleve trazas de ser la continuación del hoy: lo que existe vacila y se derrumba, y se le deja caer en ruinas porque los hombres están hartos de ello y no creen su conservación digna de un esfuerzo; las ideas que hasta lo presente han dominado en los espíritus están muertas ó son expulsadas como reyes destronados; sucesores legítimos y usurpadores se disputan la herencia. Mientras tanto, el interregno existe con todos sus horrores: confusión de los poderes, perplejidad de la muchedumbre privada de sus jefes, despotismo de los fuertes, surgimiento de falsos profetas, nacimiento de dominaciones parciales pasajeras y por ende tanto más tiránicas. Se acecha con impaciencia lo

que ha de venir, sin presentir de qué lado ello vendrá ni lo que ello será; en medio del caos de las ideas, se espera que el arte suministrará indicios acerca del orden que ha de suceder á la confusión; el poeta, el músico han de anunciar ó adivinar, cuando menos hacer que se presienta, dentro de cuáles formas la civilización continuará su desarrollo. ¿Qué es lo que mañana será moral, será bello?; ¿qué se sabrá mañana?, ¿en qué se creará?, ¿por qué se entusiasmarán los hombres?, ¿cómo se gozará? Tales son las preguntas formuladas por las mil voces de la muchedumbre, y allí donde un payaso abre una tienda y afirma tener una respuesta, donde un loco ó un guasón comienza de pronto á profetizar en verso ó en prosa, con notas ó con colores, ó pretende ejercer su arte de un modo distinto al de sus predecesores y sus émulos, la gente acude en tropel hacia él, ó busca en sus producciones como en los oráculos de la Pitonisa, la adivinación de un sentido; se trata de interpretarlas y cuanto más oscuras, insignificantes, son, tanto más parecen á los ojos de los infelices papanatas hambrientos de revelaciones, encerrar en ellas lo por venir, tanto más ávidamente, apasionadamente, se las comenta.

Tal es el aspecto que ofrece á la roja luz del Crepúsculo de los Pueblos, el torbellino humano. Las nubes fantásticas llamean en el cielo con la hermosa rutilación siniestra que, después de la erupción del Krakatoa, fué observada durante varios años; por la tierra se arrastran sombras cada vez más densas que envuelven los fenómenos en una obscuridad misteriosa, destruyendo todas las certidumbres y dejando el campo libre á todos los presentimientos. Las formas pierden sus contornos y se disuelven en remolinos de nieblas; un día se acaba, la noche se extiende; los viejos la ven llegar con angustia porque recelan no ser testigos de su fin; algunos jóvenes, en corto número, sienten en todas sus venas y en todos sus nervios su fuerza vital y se alegran por anticipado de la sa-

lida del sol. Los sueños que llenan las horas de obscuridad hasta la aurora del nuevo día son, para aquéllos, recuerdos desolados, para éstos, esperanzas soberbias, y la forma sensible de estos sueños son las producciones artísticas del tiempo que atravesamos.

Al llegar aquí hay que prevenir un equívoco posible. La gran mayoría de las clases medias é inferiores no es naturalmente «fin de siglo»; la disposición de alma actual remueve, sin duda, los pueblos hasta en sus últimas profundidades y suscita aun en el hombre más oscuro, más rudimentario, un extraño sentimiento de mareo y de embriaguez nerviosa; pero este estado de más ó menos ligero mareo psíquico, no excita en él los deseos de mujeres en cinta y no se expresa en nuevas necesidades estéticas. El *filisteo*¹ y el proletario, cuando no se saben observados por la mirada burlona de un hombre á la moda y pueden entregarse libremente á sus inclinaciones, continúan encontrando una satisfacción pura en las viejas y aun muy viejas formas del arte y de la literatura; prefieren las novelas de M. Jorge Ohnet á todos los simbolistas, y *Cavalliera rusticana* de Mascagni á todas las obras de los discípulos de Ricardo Wagner y á las del mismo Wagner; se divierten soberanamente con las farsas clownescas y con las coplas que berrean en los cafés de cante, y bostezan ó se irritan con los dramas de Ibsen; se paran con un placer real y vivo ante los cromos que reproducen los cuadros de Munich que representan escenas de cervecerías y de tabernas rústicas, y pasan sin mirarlos siquiera por delante de los pintores del aire libre. Una ínfima minoría tan sólo halla un placer sincero en las nuevas tendencias y las anuncia con convicción como siendo las solas que se justifican, las solas que conducen á lo porvenir, las solas destinadas á gus-

¹ Hombre vulgar, prosaico, incrustado en la rutina.—Véase la nota de mi traducción de *La Psico-Fisiología del Genio y del Talento*, del autor de este libro. Madrid, 1901 (N. del T.)

tar y á edificar; pero esta minoría tiene el don de ocupar toda la superficie visible de la sociedad, del propio modo que una muy pequeña cantidad de aceite es capaz de cubrir dilatadas extensiones del mar: se compone en gran parte de gentes ricas y distinguidas ó de fanáticos; aquéllas dan el tono á todos los fátuos, imbéciles y pobres de espíritu; éstos impresionan á los débiles y á las gentes que no piensan por sí mismos, é intimidan á los miedosos. Todos los *sno's* fingen tener los mismos gustos que la minoría exclusivista que haciendo rancho aparte, pasa con actitudes de profundo menosprecio ante todo lo que hasta ahora ha sido reputado como bello; y así es como la humanidad civilizada entera parece convertida á la estética del Crepúsculo de los Pueblos.